

AM 90/19730

## JUAN BERTOLO, PERIODISTA



AMIGOS, EL ADIOS SUELE VESTIR IMAGENES EMBORRABLES. UNA VOZ, UNA SONRISA O UN SIMPLE ADEMAN PUEDEN ENMARCAR CON VISO DE ETERNIDAD EL ROSTRO DE UN AMIGO, UN FAMILIAR O UN HOMBRE PUBLICO. LO MISMO EN UN TRAFAGO DE ANDENES DE VERANO QUE EN LAS ANTESALAS IMPREVISIBLES DE LA MUERTE.

Hace tan sólo algunas horas ví pasar a Juan Bertoló, proa al Norte, con una grabadora y una interrogante a flor de labios en busca de los elementos con los que habría de encender los fuegos de sus columnas periodísticas. Nunca imaginé que su saludo en francés era también su despedida; que lo vefa ir confiado hacia el abismo en el cumplimiento irrenunciable de una corresponsalía sin retorno. Tampoco imaginó él que iba al encuentro de un noticia rio trágico en el que su nombre sería repetido con estupefacción, dolor y manifiestos sentimientos de pesar.

Para un cristiano el morir es un paso hacia la vida eterna. Nacemos para vivir y un día moriremos. La muerte es una cuenta que nos será cobrada en un lugar y en un tiempo indeterminados. Pero, Juan, ja más pensó que la suya, su muerte, sobrevendría en extrañas circunstancias, cuartel policial de por medio, y sin que se sepa, a ciencia cierta, en qué momento se apagó su vida. No ahora, en los albores del Tiempo Nuevo y a unos cuantos pasos de los amplios caminos de la Democracia.

Conocí a Juan Bertoló en tiempos de interdicción desatada, de apagón cultural y de aire enrarecido por los detonantes de la represión. Cuando el instinto de sobrevivencia exigía juntar espalda con espalda para resistir la agresión de la violencia institucionalizada; cuando el amor a la vida exigía quemar temores y desconfianzas para vencer la oscuridad ambiente y el soplo-najé a sueldo. Cuando la necesidad de ganar espacios de luz y de esperanza juntaba nombres y voluntades en la Comisión de Derechos Humanos, nacida en la intemperie y en la indefensión pero, decidida a denunciar to-

do atropello a la dignidad humana. Jamás imaginamos que un aciago día de Enero de 1990 tendríamos que alzar la voz para pedir el esclarecimiento de las oscuras circunstancias que rodearon los últimos momentos de Juan Bertoló. Es fácil, entonces, deducir que la defensa no descansa; y que no descansará hasta llegar a la plena humanización de todas las estructuras de este país.

Juan sabía como el que más que el periodista de provincia equilibra su diario quehacer en el filo de una navaja y que allí en esas alturas no hay caídas sin heridas. Aún así, él, nuestro amigo, iba directo al tema y sin eludir responsabilidades. Apasionado de su profesión con pasión escribía y emplazaba, de manera indelible, a quien o quienes debían una respuesta a la opinión pública. La opinión pública, ese gigante multitudinario al que Juan servía con hidalguía y sin dobleces. Y cuando esto decimos nos duele verle muerto, denigrado y desconocido en los espacios policiales donde a diario concurría en busca de informaciones propias del sector.

Juan fué un hombre de bien y como tal se ganaba el pan con dignidad. Su acervo cultural era inmenso y sus inquietudes al respecto no tenían límite. Nó, no era un desconocido. Su vida y su obra hablarán por él. Era nuestro amigo; por ello exigimos respeto a sus despojos y a su verdad.

Pero, éste y otros testimonios que emergen en la voz del pueblo son parte del proceso que se inicia. El reportaje de su resto de eternidad es una crónica que él, Juan Bertoló, está entregando en manos del Creador, Supremo Juez, para quien nada permanece oculto.

FRATERNALMENTE